

**CUENTO N° 131**

**TÍTULO: LA CONEXIÓN**

**SEUDÓNIMO: ESPÍRITU**

**AUTORA: MURIEL DEL CARMEN LARRONDO PERRY**

## La conexión

Revisé la caja de recuerdos de mi tía Elena, que había fallecido hace unos años. Muchas fotos de las dos. Sus recetas de cocina. También una tarjeta que me regaló para un cumpleaños, donde escribió: “Qué encuentres al hombre de tu vida, que sean felices”

Ese hombre al que no alcanzó a conocer, me acompañaba, sabía que ella me lo mandó, desde donde estuviera.

Iba a verla siempre los domingos. Era su única sobrina nieta, estaba a cargo mío, ya que había enviudado hace muchos años. Cuando llegaba, el aroma de orégano, comino, cilantro, perejil, apio y pollo me envolvía, anticipándome de la rica cazuela con la que me esperaba. Se había esmerado en prepararme lo que siempre le pedía, ya que nunca probé otra igual.

- 2 -

Fue envejeciendo sin que me diera cuenta. La llamaba todos los días, hasta que sucedió lo que nunca esperé.

-Hola tía. ¿Cómo amaneciste? Estoy en el trabajo. A ver si a la hora de almuerzo me arranco.

- Están pasando cosas Carmencita.
- ¿Qué tipo de cosas? - La sentí angustiada y me preocupé.
- Me han desaparecido algunas joyas. Hoy ví algunas personas en la cocina, no sé qué estaban haciendo ahí. ¿Te acuerdas que la otra vez te comenté que me pareció haber visto una sombra en el comedor?.

Traté de recordar la conversación, no le di importancia en ese momento, una sombra era eso y nada más.

Necesitaba verla, saber que estaba bien y que iba a seguir siendo la misma.

De ahí para adelante nada volvió a ser igual, su memoria se fue haciendo cada vez más frágil.

La llevé a vivir conmigo unos días, era imposible por mis horarios, cuidarla y anticipar que no hubiera un daño mayor.

Cuando la llevé a una residencia, me pareció ver dolor en su mirada, aunque nunca dijo nada. No falté un solo domingo. La encontraba en el jardín, mirando hacia el infinito, ya no parecía reconocirme. ¡Qué sentimientos de culpa me embargaron todos esos años!

Los recuerdos de esos almuerzos, nunca me abandonaron. Yo no era buena en la cocina, nunca me hice el tiempo para aprender sus recetas.

Decidí hacer una cazuela como ella la habría hecho y se la llevé. Me senté a su lado y le di cucharada por cucharada, ya no comía sola, sintiendo que le traspasaba el amor y la pena.

Al terminar, me miró, me pareció ver sus ojos de antes, me apretó la mano y me dijo – Gracias Carmencita por todo. Te quedó igual a la mía.

Dejé de preguntarme si me perdonó por tener que sacarla de su casa.

////////////////////////////////////